

Barrio latino

*Cómo los migrantes salvaron
las ciudades de Estados Unidos*

A. K. SANDOVAL-STRAUSZ

Traducción de Juan Pablo Garnham



Índice

Prólogo a esta edición	13
Introducción.....	17
<i>Primera parte There Goes the Neighborhood</i>	
1. Los barrios en el desfiladero.....	39
2. La ciudad de antaño.....	67
3. El edén de los blancos pobres.....	91
4. El surgimiento de la crisis urbana	115
<i>Segunda parte Here Comes the Neighborhood</i>	
5. 1965.....	151
6. Bienvenidos a Oak Cliff	175
7. Los vientos de cambio.....	201
8. La política.....	223
<i>Tercera parte El germen de la ciudad futura</i>	
9. Las ciudades trasnacionales	251
10. La irrupción del urbanismo latino	285
11. Un nuevo Estados Unidos urbano	317
Conclusión	355
Agradecimientos.....	365
Notas.....	371

Prólogo a esta edición

Desde hace más de una década, los sesenta millones de latinos que viven en Estados Unidos se encuentran en una especie de zona fronteriza entre dos realidades contradictorias. La primera es que el país depende totalmente de los migrantes —más de la mitad de los cuales proviene, en las últimas décadas, de América Latina— para mantener su mano de obra, su parque inmobiliario, sus programas sociales, su base impositiva y su crecimiento demográfico. La segunda es que, a pesar de ello, el país ha experimentado el auge del movimiento nativista más poderoso en más de un siglo —cabe destacar que ésta es la ocasión más reciente en que Estados Unidos depende tanto de toda una generación de inmigrantes—. Según cualquier análisis racional de los aportes de los migrantes a su país de adopción, Estados Unidos —que, al igual que todas las demás economías avanzadas del mundo, ha visto cómo su tasa de natalidad ha caído muy por debajo del nivel de reposición— debería hacer todo lo posible por abrir nuevas vías para legalizar a esas personas y expresar su agradecimiento a los nuevos estadounidenses. El hecho de que el gobierno esté haciendo hoy exactamente lo contrario constituye un extraordinario acto de autosabotaje.

Los latinos han seguido revitalizando y repoblando las ciudades y demás poblaciones estadounidenses. El censo de 2020 reveló que el crecimiento urbano y suburbano desde 2010 había sido más rápido que en la década anterior, impulsado en gran medida por la inmigración procedente de América Latina y Asia. La pandemia de covid-19 provocó un breve periodo de pérdida de población en las ciudades, pero a principios de la década de 2020 esto dio paso a lo que un destacado demógrafo denominó un “renacimiento de la población urbana”, impulsado sobre todo por la migración internacional en las principales áreas metropolitanas. A finales de 2024, cuando los latinos pasaron a ser uno de cada cinco estadounidenses, su participación en el producto interno bruto ascendió a 4.4 billones de dólares, superando a Japón y situándose a la altura del cuarto PIB más grande del mundo. Y tras un repunte de la delincuencia durante y después de la pandemia de covid-19, las tasas de homicidio en Estados Unidos han vuelto a descender hasta alcanzar el nivel más bajo registra-

do. Sin embargo, a partir de 2025, la reducción de las tasas de migración durante la presidencia de Trump detuvo o incluso invirtió el crecimiento demográfico en las zonas metropolitanas de Estados Unidos, una tendencia que amenaza con agravar los problemas del envejecimiento poblacional, la caída de la población económicamente activa y la ralentización del crecimiento económico a largo plazo.

Sin embargo, estos logros no se tradujeron de forma directa ni previsible en el ámbito político. La xenofobia y la hostilidad hacia los latinos son rasgos centrales de la política de Trump y los políticos republicanos ya aprendieron a sacar partido de su nativismo cuando aspiran a cargos de mayor responsabilidad. Y sin embargo, al mismo tiempo, los votantes latinos se inclinaron hacia el Partido Republicano en las elecciones presidenciales: 66% de los votantes hispanos apoyó a Clinton en 2016 y, aunque Joe Biden derrotó a Trump en 2020, lo hizo con el apoyo de 59% de esos votantes. Luego, lo más sorprendente fue que, en las elecciones de 2024, Trump se hizo con casi la mitad de los votos hispanos, 48%, frente a 51% de Kamala Harris. Algunos analistas, al señalar que casi todos los grupos demográficos se decantaron por el Partido Republicano en las elecciones de 2024 —con la notable excepción de los blancos no hispanos—, hicieron hincapié en la importancia de una inflación excepcionalmente alta. Otros señalaron una tendencia sin precedentes de resultados adversos a los gobernantes en las elecciones de todo el mundo ese año, en las que, independientemente de su ideología, muchos gobiernos de todo el planeta fueron vencidos en las urnas. Pero lo que resultó innegable es que la figura política más antilatina de la historia de Estados Unidos regresaba a la Casa Blanca, y con mayorías republicanas tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes.

En su segundo periodo como presidente, Donald Trump ha aplicado las políticas más xenófobas en más de un siglo. Intentó aterrorizar a los inmigrantes y a las ciudades en las que éstos viven, enviando agentes del ICE y de la Patrulla Fronteriza, con el rostro cubierto y fuertemente armados, a lugares como Chicago, Los Ángeles, Washington (DC) y Minneapolis. Allí y en otros lugares, estos agentes federales persiguieron y detuvieron a cientos de miles de migrantes, entre ellos mujeres y niños, la gran mayoría de los cuales carecía de antecedentes penales. Los agentes de inmigración seleccionaban a sus objetivos, en parte, por su perfil racial: el color de la piel y el idioma en que hablaban, y detuvieron cada vez con mayor frecuencia a muchas personas en escuelas, juzgados e incluso iglesias, lugares que anteriormente estaban fuera del alcance de las fuer-

zas de control migratorio. Y, en el proceso, no dudaron en recurrir a la fuerza física, que llegó hasta el uso de gas lacrimógeno, spray de pimienta y granadas aturdidoras —y, en algunos casos, disparos, como ocurrió con Marimar Martínez, una residente de Chicago—. En una operación incluso hubo agentes armados con fusiles de asalto que descendieron de helicópteros militares sobre un edificio residencial para llevar a cabo algunas detenciones. Mientras tanto, Trump arremetía contra los alcaldes y los jefes de policía que se negaban a colaborar con estas deportaciones masivas, amenazando una y otra vez con enviar al ejército a sus ciudades como castigo. Esta campaña de terror alcanzó su punto máximo en Minneapolis en enero de 2026, cuando las fuerzas de control migratorio mataron a tiros a dos ciudadanos estadounidenses desarmados que protestaban contra sus tácticas violentas. Estas tácticas no eran la forma más eficaz de detener a personas indocumentadas, sino que estaban pensadas como espectáculos de fuerza e intimidación. Como señaló el comentarista Adam Serwer, “la crueldad es el objetivo”.

La resistencia a estas incursiones autoritarias se ha concentrado en ciudades con una gran población migrante. Los estadounidenses urbanos pusieron a prueba la idea generalizada de que una aplicación severa de las leyes migratorias sería políticamente eficaz, pues mucha gente salió en defensa de sus vecinos: Gustavo Arellano, periodista de *Los Angeles Times*, destacó “cómo la ciudad se unía y decía: ‘No, Trump; no, matones antiinmigrantes; no vamos a dejar que se lleven a la señora de los tamales y al taquero.’” Allí y en Chicago, Minneapolis y muchos otros sitios de todo el país, las autoridades se negaron a permitir que la policía local y los empleados municipales cooperaran con las autoridades federales de inmigración. Y cuando la desobediencia civil de los manifestantes contra el ICE fue respondida con una violencia que resultó letal, los alcaldes alzaron la voz; ninguno lo hizo con más claridad que Jacob Frey, quien dijo: “Fuera de Minneapolis, ¡carajo! No los queremos aquí.” Y lo más importante: el resto del país se mostró en gran medida de acuerdo: múltiples encuestas revelaron que la opinión pública se oponía firmemente a estas tácticas —al punto de que incluso un destacado partidario de Trump en 2024 las comparó con la policía secreta nazi—, lo que, junto con las políticas económicas y exterior de Trump, lo han convertido en el presidente más impopular de la historia moderna de Estados Unidos.

El giro en contra de Trump ha sido especialmente marcado entre las latinas y los latinos, que se han revelado como el grupo demográfico más dispuesto a cambiar su intención de voto. Cuando muchos de ellos vo-

taron por Trump en 2024, algunos observadores lo interpretaron como parte de un profundo reajuste electoral a favor del Partido Republicano. Sin embargo, en las elecciones estatales y locales de 2025 y 2026, los latinos volvieron a inclinarse hacia los demócratas. En Nueva Jersey, por ejemplo, la candidata a gobernadora Mikie Sherrill ganó con el apoyo de los votantes latinos en lugares como el condado de Passaic, una jurisdicción con 43% de población hispana en la que Trump se había impuesto por 3 puntos porcentuales, pero en la que la demócrata ganó por 15. Apenas unas semanas después, Eileen Higgins se convirtió en la primera alcaldesa demócrata en tres décadas en Miami, una ciudad con 70% de población hispana, pero en la que los cubanoamericanos, tradicionalmente republicanos, habían sido durante mucho tiempo la fuerza política dominante. Y en las elecciones locales de los distritos metropolitanos de California, Texas, Wisconsin y Virginia, las votaciones mostraron que los distritos electorales con una fuerte presencia latina se alejaron del Partido Republicano entre 18 y 29 puntos porcentuales. “Nunca había visto algo así, jamás”, señaló el estratega político Mike Madrid, quien también hizo hincapié en que el costo de la vida ha sido incluso más importante que la inmigración a la hora de impulsar estos cambios.

Este año, mientras Estados Unidos celebra 250 años como país independiente, podemos ver cómo los latinos pueden encontrar su lugar en la gran narrativa de la historia estadounidense. Hace décadas, en una época de crisis urbana, decenas de millones de migrantes latinoamericanos y sus descendientes crearon sus hogares y establecieron sus comunidades y, en el proceso, salvaron las ciudades de Estados Unidos. Hoy, en medio de una crisis política que amenaza los cimientos de nuestra sociedad, la pregunta es si estos recién llegados y el resto de los habitantes de las ciudades serán capaces de salvar la democracia estadounidense.

Introducción

En una tranquila calle del barrio de Oak Cliff, en Dallas, en una ampliación de dos pisos que se alza detrás de una modesta casa amarilla de madera, se ubica la oficina de la Federación de Clubes Zacatecos del Norte de Texas. Desde afuera, la construcción es tan sencilla que podrías pasar caminando frente a ella por muchos años sin siquiera notarla. Al poner un pie dentro, lo primero que notan los visitantes es una pieza de tres metros de ancho que se despliega en el muro oriental de la casa. Se trata de dos mástiles de bronce, muy formales, montados en diagonal, cada uno con una gran bandera: la de Estados Unidos y la de México. Las banderas se extienden con cuidado, plegadas de manera elegante en puntos específicos de sus brillantes telas. Entre ambas, cuelga el escudo oficial del estado de Zacatecas enmarcado en madera oscura. La imagen, creada a partir del escudo original que el rey Felipe II de España le otorgó a esa región en 1588, incluye a la Virgen del Patrocinio, con el niño en brazos, junto a un sol y una luna. Debajo de ella, cuatro conquistadores con armadura miran hacia arriba llenos de admiración.

En las paredes hay placas y algunas citas de autoridades, tanto de México como de Estados Unidos, en las que se expresa el agradecimiento por años de trabajo caritativo y benevolente, la construcción de obras de infraestructura básica en comunidades remotas, y por proveer educación a los jóvenes y ofrecer atención médica a la gente mayor. Algunos artículos de periódicos y fotografías documentan los diversos actos comunitarios: congresos con federaciones de Chicago y Los Ángeles, una reunión con clubes de migrantes de El Salvador, años de banquetes y concursos. Hay carteles que recuerdan marchas y mítines en apoyo a los derechos de los migrantes y en oposición de las deportaciones que han separado a muchas familias. Además, los certificados, debidamente firmados y sellados, dan cuenta de los registros anuales de los clubes que representan a una serie de pequeñas comunidades zacatecanas: Boquilla de Abajo, Tepechitlán, El Fuerte, La Concepción, Sombrerete.¹

Manuel Rodela Rodríguez es el fundador y ex presidente de la federación. Él ha vivido en Oak Cliff por más de treinta años. Entre los muchos proyectos que ha llevado a cabo con los zacatecanos de la ciudad está el

Monumento al Migrante Caído, que le encargaron a un escultor en México y que fue instalado en un parque cercano para recordar a los muchos que perdieron sus vidas cruzando la frontera. La estatua de tres toneladas se labró en roca volcánica y muestra símbolos clave de la herencia indígena mexicana, como una cabeza al estilo olmeca, esa civilización con unos 3 mil años de antigüedad, y una representación de Quetzalcóatl. El monumento también incluye una mariposa monarca, cuyo desplazamiento de más de 3 mil kilómetros a lo largo de Norteamérica se ha convertido en un símbolo de los migrantes. El mismo Rodela, igual que millones de estadounidenses, sigue cruzando la frontera a menudo. “De hecho visito el estado cada vez que tengo oportunidad, cada dos o tres meses voy a Zacatecas.” Pero, como sucede con muchos migrantes, desde hace años ya no piensa en mudarse de regreso a México: “ya no pienso así —explica—, porque Estados Unidos es una gran nación que nos ha dado todo, y yo me he encariñado con este país, y lo quiero como si fuera...”. Se detiene por un momento para pensar en las palabras correctas: “Para mí, México y Estados Unidos son una misma nación.”²

Rodela nació en 1942 en la capital de Zacatecas, pero pasó su infancia en Tepechitlán, un pueblo de unos pocos miles de habitantes en la ribera del río Tlaltenango. Cuando era niño, sus padres decidieron mudarse a Ciudad Juárez, la ciudad fronteriza junto a El Paso, Texas. Al principio, él no estaba entusiasmado. “No deseaba venir a Ciudad Juárez ni a otra parte [...] mi mamá me decía: ‘ándale, hijo, que vamos a volver’, y yo le respondía: ‘no, vaya usted, ¡yo aquí me quedo!’” La familia se mudó a pesar de esto, desde luego, con todo y el joven Manuel. Tal como él lo recuerda, su familia trataba de “seguir el ejemplo de otra gente en ese tiempo, que les gustaba emigrar a otra ciudad”.³

En Ciudad Juárez comenzó a trabajar vendiendo fruta en la calle, pero su conocimiento musical pronto le ayudó a encontrar un empleo como intérprete. Él y su hermano formaron un conjunto llamado Los Supremos, al que un periódico local consideró como “la banda juvenil más popular de la frontera”. Fueron tan exitosos, que aparecían de manera regular en la televisión, tocando en las transmisiones de los lunes y los viernes, en las cuales unos jovencitos cantaban vestidos de manera similar con chaquetas, camisas blancas y pajaritas. Rodela terminó estudiando electrónica en el Instituto Edison de Radio y Televisión en Ciudad Juárez. En 1970 se casó con una mexicana nacida en Texas, y al año siguiente se mudó a El Paso, donde crió a su familia y vivió por más de una década. Durante otro año, exploró otras opciones labo-

rales en Los Ángeles, antes de volver a Texas y establecerse en Dallas en 1985.⁴

Cuando Rodela llegó a Dallas, las ciudades estadounidenses habían estado en crisis por más de una generación. Las señales de aflicción se veían por todos lados. En su trayecto al trabajo, a lo largo de las vías de tren elevadas o de los pasos a desnivel de las carreteras, la gente se topaba con las desoladoras vistas de viviendas abandonadas y lotes baldíos con los ladrillos esparcidos de edificios demolidos. Los noticieros bombardeaban a los televidentes cada noche con historias de asaltos y asesinatos, que cada vez parecían más horribles y sin sentido. Los alcaldes luchaban por evitar la quiebra de los condados, mientras los ingresos de las ciudades caían en picada, ya que los propietarios de negocios del centro se estaban reubicando en los suburbios y se esforzaban por hacer que sus polvorientos escaparates resultaran atractivos para los escasos clientes que quedaban en esas calles que alguna vez estuvieron llenas de vida.

En ningún otro lugar esto resultaba tan patente como en las zonas industriales de las grandes ciudades. Estos lugares habían sido pioneros del poderío económico de Estados Unidos y de una prosperidad ampliamente compartida hasta mediados del siglo XX, pero luego comenzaron un largo periodo de declive. En 1990, el escritor Stuart Dybek publicó *La costa de Chicago*, una colección de cuentos ambientados en South Lawndale y sus alrededores. El autor describe una zona que había experimentado su auge hacía mucho tiempo, donde los residentes llevaban años “caminando delante de fábricas abandonadas que ocupaban manzanas enteras, de paredes descascarilladas y puertas de muchos colores clavadas alrededor de excavaciones inundadas, y se detenían en las tiendas de comestibles medio tapiadas que habían cerrado cuando eran niños, con latas polvorientas aún apiladas en los anaqueles”. La temática principal de Dybek —que en South Lawndale se había perdido algo valioso que la gente podía percibir de manera difusa, pero no sabía cómo recuperarlo— se manifiesta de manera más clara en su cuento “Hot Ice”, en el que relata la leyenda local de la hija de un inmigrante de Europa Central, dueño de una fábrica de hielo, la cual se ahoga en un estanque de la zona. El padre encuentra el cuerpo sin vida de ella y, abrumado por el dolor, la lleva de regreso a su fábrica y la encierra en un gran bloque de hielo. Ahí se queda por décadas, con el “cabello, que no sólo era rubio, sino que irradiaba un brillo dorado como la llama de las velas detrás de una ventana en invierno”, hasta que, décadas más tarde, el narrador y sus amigos

la encuentran de milagro en la fábrica abandonada desde hacía mucho tiempo.⁵

Dos años más tarde, y 1450 kilómetros al sur, otra comunidad se convirtió en símbolo de la decadencia urbana. En 1992, la revista *Texas Monthly* le pidió al periodista Grover Lewis que escribiera un reportaje sobre Oak Cliff, el barrio donde él había crecido hacía más de cuatro décadas. Luego de volver al hogar de su niñez, redactó una elegía sobre el declive pasado y la desazón actual. “La devastación fue total. Un barrio entero se hundió en la podredumbre. Las casas que sobrevivían estaban cubiertas de enredaderas, tapiadas, literalmente desintegrándose en un horrible remedo de la próspera comunidad que yo recordaba.” Al caminar a lo largo de la principal calle comercial de Oak Cliff, Lewis se “preguntaba cuáles eran los términos para abarcar la magnitud del desastre: colapso sistémico, cáncer municipal, un *apartheid* de facto, bomba de tiempo social, mil puntos de oscuridad”.⁶

Este tipo de descripciones podrían haberse escrito sobre una gran cantidad de barrios que tocaron fondo durante lo más profundo de la crisis urbana. No eran más que los últimos ecos de ciertos vaticinios, a lo largo de más de tres décadas, en contra de las ciudades estadounidenses. En 1961, el urbanista Paul Ylvisaker observó: “La forma aceptada de conversar sobre las ciudades en estos días es referirse a sus problemas de manera solemne, ominosa y atemorizante. No se te considera un verdadero experto en urbanismo si no pronosticas que están condenadas”. Y, de hecho, un año después, Mitchell Gordon, un reportero de *The Wall Street Journal*, publicó un artículo titulado “Ciudades condenadas”, en el que escribió que “todavía está por verse si las ciudades lograrán salvarse a sí mismas”. En 1971, el profesor de administración pública Norton Long especuló que pronto las ciudades serían útiles sólo como “reservas indias para los pobres, los pervertidos, los indeseables”; algo similar a lo que diría el especialista en políticas urbanas George Sternlieb, quien en una entrevista con la revista *US News & World Report* dijo lo siguiente: “Deberíamos poner un foso de arena... Lo digo de verdad, porque no podemos tener a esta gente trepando por las paredes.” Y en 1977 el congresista Henry S. Reuss se lamentaba de que “muchas de nuestras ciudades estén enfermas: pierden población, pierden puestos de trabajo, pierden solvencia fiscal, pierden la experiencia del barrio y la comunidad, la seguridad y el atractivo, las razones para su existencia en primera instancia”.⁷

Sin embargo, incluso los observadores más pesimistas habrían parecido adivinos en la primavera de 1992, cuando la dura situación de las ciu-

dades estadounidenses alcanzó otro nivel de severidad. El 29 de abril, Los Ángeles explotó luego de la impactante absolución de cuatro agentes de la policía que fueron captados en video asestando una prolongada golpiza a un hombre negro, desarmado e indefenso, llamado Rodney King. Los siguientes cinco días y sus noches estuvieron marcados por numerosos actos de rebelión y por disturbios, entre ellos decenas de agresiones y asesinatos, la imposición del toque de queda, el despliegue de la Guardia Nacional y más de mil millones de dólares en daños a la propiedad privada.

De repente parecía como si todo el país fuera a regresar a los disturbios urbanos de la década de 1960. Un periodista vio la destrucción en Los Ángeles como un símbolo de las “muchas comunidades urbanas arruinadas” en todo Estados Unidos y temía que “la pobreza y la criminalidad hubieran empeorado; la ira ha hecho metástasis [...] las salvajes pandillas juveniles se han consolidado y tienen a su disposición un alucinante arsenal de armas de fuego”. Pronto, el criminólogo de Princeton John DiIulio acuñó el término *superdepredador* para describir a “un criminal joven, menor de edad, que es tan impulsivo, y carente de remordimientos, que puede matar, violar y mutilar sin pensárselo dos veces”. DiIulio, cuyo concepto fue rápidamente retomado por otros, llamó a estos jóvenes “bombas de tiempo adolescentes” que “carecen por completo de respeto por la vida humana”. Anticipándose, a estos autores les preocupaba que, si las tendencias de ese momento se mantenían, “tendremos un baño de sangre cuando estos chicos crezcan”.⁸

Estos calamitosos pronósticos terminaron por ser incorrectos. Al mirar hacia los inicios de la década de 1990, podemos ver con mayor claridad que estos profetas del desastre estaban describiendo a un Estados Unidos ciudadano que se encontraban en la oscuridad que precede al amanecer. En los siguientes años, los índices de delincuencia cayeron en picada, la vitalidad económica volvió a los centros urbanos y tanta gente decidiría volver a las ciudades que, en vez de perder población, el mayor problema al que se enfrentarían los urbanitas sería una severa escasez de vivienda y el desplazamiento forzado de los residentes históricos de los que habían sido sus barrios.⁹

Entre las señales más importantes del emergente renacimiento urbano estuvo la forma en que los latinos transformaron de forma dramática barrios enteros. En South Lawndale, la llegada de decenas de miles de personas procedentes de México y otros países latinoamericanos ya ha-

bía comenzado un repoblamiento y una revitalización del barrio, al sustituir a los residentes que se estaban yendo. Las cifras del censo muestran que estos recién llegados contribuyeron al primer aumento significativo de población desde la época de la primera Guerra Mundial. Esta zona pronto se transformó en el barrio latino más importante en cientos de kilómetros a la redonda, constituyéndose en un centro para una comunidad diaspórica que sumaba más de 2 millones de personas. En la década de 1990, los negocios a lo largo de la Calle 26, la principal zona comercial del barrio, se hicieron famosos a ambos lados del río Bravo. Su actividad económica era tan intensa, que la revista *Crain's Chicago Business* informó que se trataba del corredor comercial más activo en Chicago después de la Magnificent Mile, el conocido distrito en el centro de la ciudad. Una década después, una procesión de miembros de esa comunidad, periodistas, grupos empresariales, científicos sociales y autoridades celebrarían que South Lawndale —hoy conocido como Little Village (o La Villita)— era un ejemplo del nuevo y revitalizado Chicago.¹⁰

Un proceso similar ocurrió en Oak Cliff. Gracias a una fuerte y constante afluencia de latinos, en su mayoría mexicanos y salvadoreños, el barrio dejó de perder residentes y, de hecho, creció por primera vez desde la década de 1940. Muchos de los recién llegados compraron viviendas en esa área y abrieron nuevos negocios que terminarían por revitalizar la zona comercial. Las calles se fueron volviendo más seguras a medida que la tasa de delitos de la ciudad comenzó una fuerte caída que continuaría durante las dos décadas siguientes. Oak Cliff pronto comenzó a atraer capital externo, llamó la atención de consumidores curiosos provenientes del resto de la ciudad y, con el tiempo, obtuvo el financiamiento federal para una nueva línea de tranvía. A poco más de 15 años del lúgubre artículo de Lewis, el principal periódico de la ciudad celebraría a Oak Cliff como el “centro latino de Dallas”.¹¹

El Estados Unidos anglosajón tardó en reconocer que algo grande estaba pasando en el lado latino de Estados Unidos. Pero los autores que produjeron un *boom* en la literatura latina en los años ochenta y noventa veían esto con mucho mayor claridad. Sus novelas sucedían en ciudades como Chicago, Nueva York y Miami, pero, al mismo tiempo, se desarrollaban en lugares como La Habana y Santo Domingo. Cuando Sandra Cisneros escribió en *La casa en Mango Street* acerca de las peregrinaciones de su padre entre Chicago y México, estaba ilustrando las conexiones transfronterizas que salvaron a la llamada Ciudad de los Vientos del tipo de abandono que afectó a muchas urbes industriales. Cuando la novela *So-*

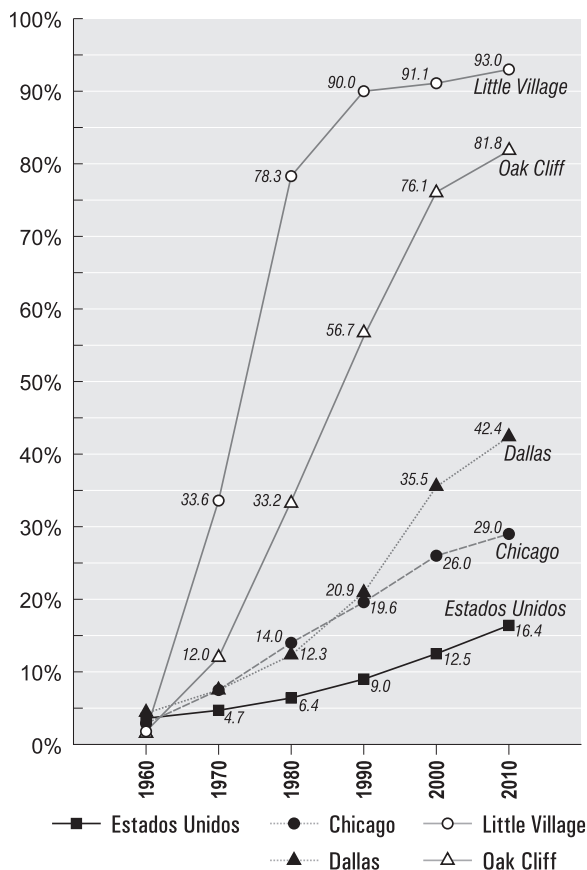
ñar en cubano, de Cristina García, retrataba a una orgullosa y trabajadora mujer inmigrante que abrió un pequeño negocio, la panadería Yankee Doodle, la autora estaba relatando la historia de un sinfín de nuevos emprendedores en los barrios latinos de todo el país. Cuando Julia Álvarez, en *De cómo las muchachas García perdieron su acento*, y Jaime Manrique, en *Luna latina en Manhattan*, describieron las duras, pero memorables vidas de inmigrantes dominicanos y colombianos en Nueva York, mostraron a su vez cómo la gente recién llegada desde América Latina se había constituido como protagonista del renacimiento de las ciudades a escala nacional. Escritores inmigrantes latinos y latinas como ellos y ellas fueron los verdaderos heraldos del nuevo Estados Unidos urbano.¹²

En retrospectiva, podemos ver cómo los pavorosos retratos de las ciudades en decadencia se habían transformado en una narrativa repetitiva. Estas variaciones sobre el tema, expresado en frases como “estamos perdiendo el barrio”, eran sinceras, pero también fueron escritas en su mayoría por gente que ya había dejado esos lugares mucho tiempo atrás. Esta idea del barrio perdido se había generalizado y la agonía de la gran ciudad estadounidense dio origen a todo un género de literatura, que se extendió tanto a la narrativa literaria como a la de no ficción y, a medio camino, a las novelas en clave. El género encontró su obra paradigmática en 1987 con *La hoguera de las vanidades*, de Tom Wolfe, aunque para ese entonces el telón de fondo del declive urbano ya estaba tan extendido que había aparecido en películas sofisticadas como *Tarde de perros* (1975) y *Taxi Driver* (1976), así como en películas de ciencia ficción sensacionalistas como *Escape de Nueva York* (1981) y *Robocop* (1986). Al mirar hacia las décadas pasadas, es fácil darse cuenta de que, cada vez que alguien decidía contar una historia ambientada en una ciudad, era bastante obvio cuál sería el tipo de narrativa que utilizaría.¹³

Sin embargo, la crisis urbana no era sólo un relato. Era un conjunto de problemas reales que afectaron a las ciudades de Estados Unidos por décadas. La crisis involucró una compleja constelación de patologías, pero la manera más fácil de entenderla es considerar cinco elementos principales: la pérdida de población, el declive económico, la crisis fiscal, el aumento de la delincuencia y cómo todo lo anterior estuvo marcado por las desigualdades raciales.

La medida más clara de la crisis urbana estuvo en la diáspora de decenas de millones de personas, que dejaron sus hogares en las ciudades y se mudaron a los suburbios. Como lo observó en 1985 el eminente historia-

Porcentaje de hispanos en Estados Unidos, Dallas, Chicago y los vecindarios de Oak Cliff y Little Village



GRÁFICA 1. Los latinos recién llegados ayudaron a remediar la crisis provocada por la pérdida demográfica y la decadencia económica, la cual se experimentó por primera vez en los barrios urbanos en declive, después en algunas ciudades de Estados Unidos y, por último, en todo el país. Gráfica elaborada por Philip Schwartzberg, Meridian Mapping, Minneapolis.

dor urbano Kenneth T. Jackson, de las 25 ciudades más grandes de Estados Unidos en 1950, 18 habían perdido población para 1980. A nivel nacional, la proporción de estadounidenses que vivían en las ciudades iba a la baja. Esto representó un giro asombroso. Estados Unidos se había urbanizado de manera constante desde su fundación y, a lo largo de dos si-

glos de datos recolectados por los censos, nunca había habido un periodo de diez años con un porcentaje menor de residentes en ciudades que en la década anterior, y mucho menos durante treinta años seguidos.¹⁴

Los empleos y la gente dejaron las ciudades, al igual que las fábricas, las tiendas y las oficinas, que se mudaron a los suburbios y más allá de éstos. La industria manufacturera reubicó de manera gradual sus plantas de producción lejos de las ciudades, buscando trabajadores de bajos sueldos y no sindicalizados, así como exenciones de impuestos y terrenos baratos. Los minoristas del centro, desde las tiendas departamentales hasta los concesionarios de autos y los supermercados, perdieron ingresos frente a las plazas comerciales de las periferias y los *malls* que surgieron para servir a la creciente población de los suburbios. Los empleos “de cuello blanco” también se mudaron a las zonas más lejanas cuando las oficinas principales de numerosas compañías dejaron los distritos comerciales en el centro para instalarse en parques empresariales y verdes campus corporativos. Estos cambios alejaron a los peatones de las banquetas de la ciudad, llevándose consigo a los clientes de restaurantes, bares, peluquerías y otros negocios de servicios, miles de los cuales tuvieron que cerrar sus puertas.¹⁵

Cuando la gente y los negocios se marcharon, los presupuestos de los condados cayeron en picada hasta alcanzar números rojos. Las ciudades dependían de varios tipos de ingresos para financiar los servicios básicos. Las familias que se mudaron empezaron a pagar sus impuestos en los municipios suburbanos y, cuando los valores urbanos de las propiedades cayeron, también lo hicieron los avalúos fiscales. Al mismo tiempo, la pérdida de las plantas de producción en las ciudades y del comercio minorista fue un golpe doble que agotó una fuente clave de impuestos a las empresas y otros gravámenes. Los gobiernos de las ciudades no tuvieron otra opción que subir los impuestos para mantener los servicios esenciales, como escuelas, recolección de basura, bomberos y policía. Esto empujó a más residentes y empleadores hacia los pueblos en las afueras, que tenían impuestos más bajos, lo cual afectó aún más las arcas de los condados.¹⁶

La delincuencia, el cuarto aspecto principal de la crisis urbana, fue también el síntoma de mayor repercusión mediática. La reducción de población, la falta de empleo y la insolvencia daban cuenta de la miseria de las ciudades, pero, en el plano de las experiencias individuales, el miedo a ser víctima de una golpiza o de un asesinato era el más temido de todos los males urbanos. En los veinte años posteriores a 1960, la tasa de homi-

cidios se duplicó y se mantuvo obstinadamente alta durante el comienzo de la década de los noventa. En esos mismos años, los niveles reportados de delitos contra la propiedad privada se triplicaron, las agresiones sexuales se multiplicaron por más de cuatro y la tasa de agresiones graves se disparó hasta superar por más de cinco veces la de 1960. Desde un punto de vista estadístico, estas cifras eran espantosas mucho antes de imaginar el *shock* y el horror de esas desprevenidas familias que abrirían sus puertas para encontrarse con un sombrío agente de policía o un pálido sacerdote.¹⁷

Todos estos problemas eran interpretados a través de una lente racial y quienes hacían esto eran ante todo personas de raza blanca, quienes crearon una narrativa de la decadencia de los barrios presentando la “huida de los blancos” como una respuesta razonable frente a la posibilidad de tener vecinos de raza negra. Fueron ellos quienes repitieron el viejo mito racial de que la gente negra era simplemente “perezosa” e “indolente”, al mismo tiempo que ignoraban la discriminación laboral, prácticamente universal, y la fuga en curso de oportunidades de empleo en las ciudades. Ellos fueron quienes se obsesionaron con los delitos de negros contra blancos, a pesar de que la gran mayoría de las víctimas eran gente de la misma raza que el victimario, y que los afroestadounidenses tenían casi 30% más de probabilidades de ser víctimas de delitos violentos. Mientras tanto, la población blanca ignoró muchas veces la violencia policial endémica contra las comunidades de color y creó una mitología que describía las ayudas gubernamentales para los pobres como un gasto inútil que la gente negra no se merecía, a pesar de que los blancos fueron, por mucho, los beneficiarios más numerosos de los programas de bienestar que a menudo eran objeto de recortes. De esta forma, los prejuicios y las dificultades económicas añadieron el peso muerto del racismo a otras crecientes cargas, como la pobreza, la negligencia y la violencia en las comunidades urbanas.¹⁸

Considerando la gravedad de la crisis urbana, es difícil sorprenderse de que pocas personas esperaran la recuperación que comenzó a surgir a mediados de la década de 1990. Sin embargo, cosa interesante, todos parecían estar de acuerdo con que quien había salvado a las ciudades era gente con mucho dinero. Las investigaciones de punta en sociología crítica se enfocaron en la reubicación de los flujos de capital internacional y en el desempeño de los profesionistas y los empleados relacionados que propiciaron esos flujos. Los estudios urbanos más influyentes se enfoca-

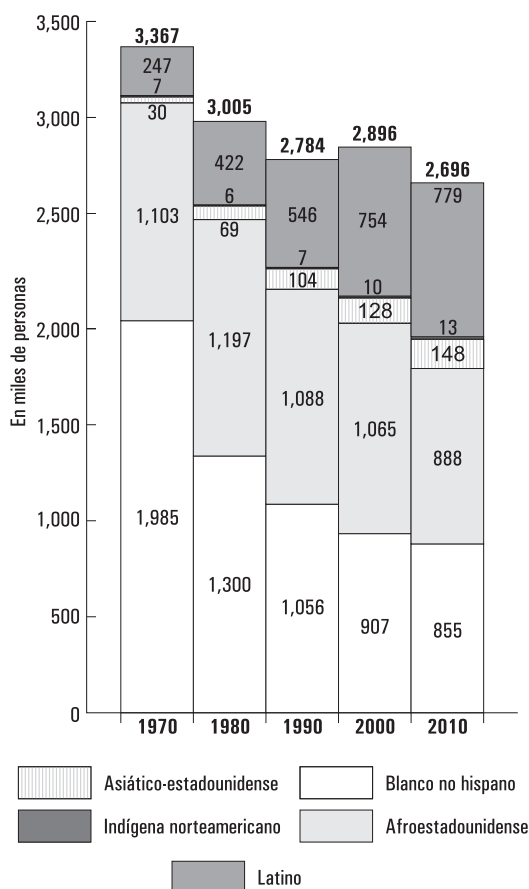
ron en el retorno de la “clase creativa”, una categoría amplia de trabajadores de cuello blanco, intelectuales y artistas, que fueron presentados como los líderes del renacimiento urbano. La bibliografía económica se centró en las preferencias y el estilo de vida de los profesionistas de altos ingresos, quienes en algún momento formaron las élites de las comunidades más pequeñas pero que, ahora y cada vez más, se estaban concentrando en las grandes ciudades. Estas explicaciones sin duda eran verdaderas, en el sentido de que daban cuenta de la gradual reubicación de una gran cantidad de gente y de la llegada de vastas sumas de dinero a las ciudades.¹⁹

Pero estas explicaciones pasaron por alto la indispensable función que desempeñaron los inmigrantes latinos, quienes comenzaron a repoblar y revivir los barrios en decadencia al menos dos décadas antes de que el retorno a las ciudades se transformara en una tendencia entre los profesionistas prósperos, principalmente blancos y anglosajones. Los hispanos recién llegados a las ciudades estadounidenses eran más numerosos que los *yuppies* que regresaban y recibieron la atención de los populares relatos del regreso a la ciudad. A su vez, los profesionistas de las grandes ciudades no habrían podido sobrevivir sin el tipo de trabajos que los latinos, hombres y mujeres, realizaban en sectores clave de la economía urbana, desde la construcción de viviendas y el mantenimiento de edificios hasta la preparación de comida en restaurantes y el cuidado de los niños.²⁰

Tales historias son las que componen el alma de *Barrio latino*. Este libro busca que avancemos en la comprensión de la historia reciente de Estados Unidos, enraizándola en los barrios de inmigrantes a los que llegaron los latinos, donde crearon comunidades y donde comenzaron, poco a poco, a ganar importancia en la vida cívica, económica y política. Esta obra muestra cómo un grupo de ingresos modestos, marginado de la sociedad, demonizado políticamente y en, algunas ocasiones, indocumentado, logró rescatar grandes porciones del Estados Unidos metropolitano.

Para desarrollar esta idea, me enfocaré en los barrios de inmigrantes más importantes de dos de las ciudades más grandes de Estados Unidos: el área de la comunidad de Little Village o La Villita, en Chicago, y el barrio de Oak Cliff, en Dallas. Estas ciudades representan dos de las principales regiones urbanas del país: el norte industrial, que incluye la zona de Boston, la ciudad de Nueva York, Filadelfia y, hacia el poniente, Cleveland, Detroit y el resto del Medio Oeste; y el Cinturón del Sol, que se extiende como un arco desde Florida y Georgia para luego llegar a Texas y la región suroeste. En Chicago, los latinos seguirían creciendo hasta re-

Población de Chicago, 1970–2010

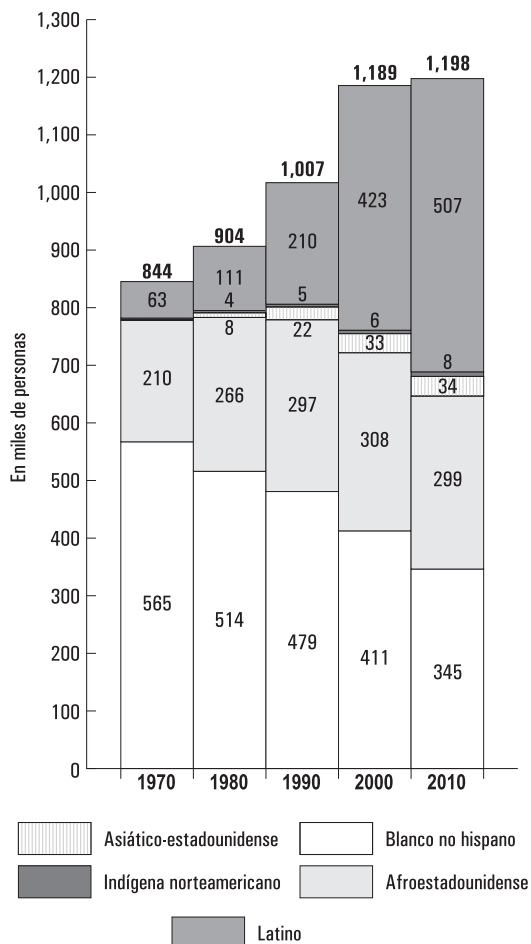


GRÁFICA 2. Si no hubiera sido por la llegada de cientos de miles de inmigrantes desde América Latina y Asia, Chicago habría perdido casi tantos residentes como otras ciudades industriales —como pasó con casi la mitad de la población de Detroit y Cleveland en la segunda mitad del siglo xx—. Gráfica elaborada por Philip Schwartzberg, Meridian Mapping, Minneapolis.

presentar casi un tercio de la población total de la ciudad. En Dallas sobrepasarían esa cifra, donde más de cuatro de cada diez residentes son de origen hispano.²¹

Las clases de transformaciones vistas en estos barrios y sus ciudades reflejaron las que se vieron en otras áreas metropolitanas de Estados

Población de Dallas, 1970–2010



GRÁFICA 3. Como otras ciudades del Cinturón del Sol, la población de Dallas siguió incrementándose, incluso durante la crisis urbana. Este crecimiento dependió de los inmigrantes hispanos y sus hijos, tanto, que, sin ellos, hacia 1970 la “Gran D” se habría estancado o contraído. Gráfico elaborado por Philip Schwartzberg, Meridian Mapping, Minneapolis.

Unidos. Hoy, en 12 de las 25 ciudades más grandes del país la población latina representa más de 25%; entre ellas se cuentan 8 en las que los latinos son más de un tercio y 2 en las que son la mayoría.²²

Barrio latino cuenta esta historia en tres partes. La primera, “There Goes the Neighborhood”, recorre los años desde 1950 hasta el final de la década de 1960, cuando las zonas urbanas de Estados Unidos cayeron de su cúspide poblacional y económica hacia la más profunda crisis. Las corporaciones comenzaron a mudar sus enclaves de fabricación y su administración fuera de las ciudades, llevándose las oportunidades laborales y socavando las ganancias de los trabajadores urbanos. Mientras la comunidad negra y sus aliados conseguían dismantelar las leyes discriminatorias de la era Jim Crow y otras formas de segregación racial mediante protestas y acciones legales, millones de estadounidenses blancos decidieron que preferían dejar los barrios urbanos antes que compartirlos con familias afroestadounidenses. Las medidas gubernamentales también contribuyeron a la crisis urbana, porque una serie de programas federales —como los seguros hipotecarios, la llamada renovación urbana y la construcción de carreteras— subsidiaron el proceso de suburbanización con miles de millones de dólares cada año. Debido a esto, las ciudades perdieron millones de personas y de empleos bien remunerados, junto con la riqueza que éstos producían. En esos mismos años, sin embargo, América Latina caminaba en dirección contraria: sus gobiernos promovieron la industrialización, provocando un crecimiento urbano sin precedentes y un aumento en la prosperidad. Las ciudades de Estados Unidos y América Latina se desarrollaron por separado, pero establecieron conexiones clave que impulsarían una migración de gran escala en las décadas siguientes.

La segunda parte, “Here Comes the Neighborhood”,[†] se enfoca en el periodo entre 1965 y mediados de la década de 1980, cuando los recién llegados de México y el Caribe comenzaron a repoblar las ciudades y a estabilizar aquellos distritos que seguían perdiendo a sus residentes. La Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965 puso fin a décadas de cuotas raciales de una discriminación grotesca, pero, debido a la extorsión políti-

[†] “There Goes the Neighborhood” [Se acabó el barrio] es una especie de frase hecha que suele salir de la boca de los residentes de un vecindario cuando consideran que personas indeseables se están mudando a su barrio, por lo que consideran que éste va a dejar de ser adecuado para ellos y que tendrán que mudarse; en la mayoría de los casos, se trata de personas blancas que creen que, si llegan personas negras, el barrio estará condenado al fracaso. El truco aquí es que “Here Comes the Neighborhood” es un juego de palabras que implica, básicamente, “Ahí viene” gente nueva o una nueva era para el barrio. Si la primera frase indica declive, mi uso de la segunda indica revitalización.

ca, también impuso límites nunca antes vistos a la migración por todo el continente americano. Así que, cuando la economía agraria mexicana se redujo a mitad de la década de 1960 y mucha más gente buscaba empleo en Estados Unidos, hubo menos formas legales de cruzar la frontera. Debido a esto, las formas de hacerlo legalmente ya se habían reducido cuando la economía agraria de México no sólo se detuvo, sino que entró en una grave crisis a mediados de la década de 1960, cuando más personas intentaron buscar empleos en Estados Unidos. Inmigrantes con y sin documentos llegaron a las ciudades de Estados Unidos justo cuando más se les necesitaba: cuando la fuga de la población blanca se estaba acelerando y la Gran Migración de personas de raza negra estaba terminando. En Dallas, estos nuevos residentes se unieron a los hispanos nacidos en Estados Unidos en el proceso de repoblación de Oak Cliff, comprando casas y abriendo negocios en un momento en que el crecimiento del resto de la ciudad se había estancado. En Chicago, los migrantes arribaron al oeste de la ciudad, repoblando barrios en decadencia en un momento en que el gobierno del condado estaba gastando millones de dólares en tratar de convencer a los profesionistas de que se mudaran de vuelta a la ciudad. Mientras tanto, las maquinarias políticas establecidas en ambas ciudades, su *establishment*, hicieron todo lo posible para mantener a los latinos fuera de los puestos de poder, obligándolos a formar coaliciones multi-raciales con la esperanza de garantizar una cuota justa de empleos en las ciudades y de gastos del condado.

La tercera parte, “El germen de la ciudad futura”, trata sobre el periodo entre 1986 y mediados de la década de 2010, cuando los inmigrantes de una gran variedad de países latinoamericanos expandieron los barrios latinos de Estados Unidos y ayudaron a aminorar los principales síntomas de la crisis urbana. En todo el hemisferio, nuevas políticas económicas y brutales guerras civiles empujaron a millones de inmigrantes y refugiados a territorio estadounidense. En respuesta a esto, el Congreso aprobó la Ley de Reforma y Control Migratorio de 1986, una legislación que tuvo consecuencias tanto esperadas como inesperadas que intensificaron la revitalización urbana. Los inmigrantes recién legalizados invirtieron su dinero y su trabajo en los barrios latinos, lo que impulsó un crecimiento más rápido de las economías urbanas, mientras que quienes llegaban sin documentos ante el endurecimiento de los controles fronterizos simplemente decidieron quedarse en Estados Unidos y traer a sus parientes o formar nuevas familias. Estas personas también trajeron consigo una serie de costumbres y formas de habitar la ciudad que adaptaron a su nue-

vo entorno, creando lo que se conoce como el “urbanismo latino”. Este conjunto híbrido de prácticas rejuveneció y restauró el tejido económico y social de los espacios urbanos diseñados para los anglos, sobre todo al reducir de manera notoria las tasas de delitos en los barrios y sus alrededores. El aumento de la población latina impulsó iniciativas bipartidistas para reformar el sistema migratorio del país, pero, al mismo tiempo, incluso las propuestas más cautas enfrentaron obstáculos en repetidas ocasiones por parte de una minoría testaruda que se rehusó a reconocer lo mucho que Estados Unidos dependía de los latinos y de otros inmigrantes para el crecimiento de su economía y la preservación de sus instituciones.²³

El subtítulo de este libro, “Cómo los migrantes salvaron las ciudades de Estados Unidos”, plantea algunas cuestiones que es importante aclarar desde el comienzo. La primera se refiere al concepto de *identidad*. Las latinas y los latinos han vivido más de un siglo y medio en medio de un proceso de definición racial o racialización. Mexicanos, puertorriqueños, cubanos, dominicanos y otras personas de herencia hispanohablante en Estados Unidos negociaron su estatus social con los anglosajones, quienes definieron la raza sobre todo en términos de blanco y negro. Debido a que los hispanos pueden ser de cualquier raza, su lugar en la sociedad estadounidense permaneció incierto. Al igual que Joe Christmas, personaje de la novela de William Faulkner *Luz de agosto* —y de quien se decía que tenía ascendencia blanca, negra o mexicana—, los latinos carecían de una definición racial y mucha gente no sabía con certeza cómo tratarlos.²⁴

En respuesta a esto, los latinos hicieron todo lo posible para navegar por las tempestuosas aguas de la cuestión racial en Estados Unidos. La gente que, en su mayoría, tenía una mezcla de herencia europea, indígena y africana se identificaba con una gran variedad de términos, como *mexicano*, *hispano*, *boricua*, *hispanoamericano* o *chicano*. Este proceso de denominación se convirtió en una compleja negociación con las autoridades estadounidenses. En 1930, por ejemplo, la Oficina del Censo utilizó “mexicano” como categoría racial y no como nacionalidad. Entre 1940 y 1960, los encuestadores usaron clasificaciones como “personas cuya lengua madre es el español” y “personas con apellido español”. En 1970, la gente de ascendencia latinoamericana y española fue contabilizada por primera vez con base en su nacionalidad y, diez años más tarde, serían registrados como “hispanos”. El término *latino* fue el preferido de los ac-

tivistas de ascendencia mexicana y puertorriqueña en Chicago a mediados de la década de 1970, y luego se popularizó gracias a los ejecutivos del mundo de la publicidad, predominantemente cubanoestadounidenses. A pesar del mito de una supuesta edad dorada anterior a la “política identitaria”, todo esto sucedió en los mismos años en que los estadounidenses se estaban organizando alrededor de identidades como la irlandesa, la italiana, la polaca, la judía y la católica, y, por supuesto, categorías como las de blancos, anglosajones y protestantes.²⁵

En este libro los términos *latino* e *hispano*, y sus equivalentes femeninos, serán usados de manera indistinta para referirse, en términos generales, a la gente de ascendencia latinoamericana que vive en Estados Unidos. También se usarán identificadores nacionales, como *mexicano* y *salvadoreño*. Cuando escriba sobre gente que hizo cosas en el pasado, utilizaré siempre que sea posible los términos con los que ellos se habrían identificado; al examinar al pasado u observar algo analíticamente, emplearé el término más preciso con respecto a esa idea en particular. Sin embargo, ninguna terminología funcionará a la perfección en todas las situaciones. Lo que deberíamos recordar es que estas categorías cambiantes son, en sí mismas, parte de nuestra historia.²⁶

El segundo tema tiene que ver con el alcance de esta historia. Aunque el libro enfatiza el papel central de los latinos en la recuperación urbana de Estados Unidos, los migrantes de otras partes del mundo también participaron de manera indispensable en el proceso de rescate de esas mismas ciudades. Los hispanos se han convertido poco a poco en el grupo “minoritario” más numeroso de Estados Unidos, con cifras que se acercan a los 60 millones de personas. Ese total se compone de gente de muchas naciones distintas, unidas por un lenguaje o una cultura compartida. Pero otros grupos de nuevos estadounidenses también han sido de enorme importancia, sobre todo en el plano local. Los asiático-estadounidenses son un claro ejemplo de esto. Por lo general han sido menos numerosos: un poco más de un tercio del total de los latinos. Al mismo tiempo, esta comunidad ha vivido de forma más concentrada en ciudades y ha tenido una relevancia excepcional en la economía y la cultura locales. Uno puede ver esto en los barrios chinos, *Koreatown*s, los “Pequeños Saigón”, las “Pequeñas Indias” y otros barrios similares que se expanden a lo largo del país. Las ciudades también han atraído a gente del Caribe, de Medio Oriente, de África y de Europa del Este. En el esfuerzo por lograr la revitalización urbana, los inmigrantes han sido quienes la han llevado a cabo.²⁷

Las preguntas sobre identidad e inmigración también ponen de relieve una lectura con la que este libro podría ser malinterpretado. *Barrio latino* no trata sobre las diferencias raciales. La crisis urbana se atribuyó con frecuencia y de manera errónea a las supuestas deficiencias culturales de los afroestadounidenses, mientras que a los hispanos se les tildaba de buenos trabajadores y de gente centrada en su familia, una forma eufemística de decir “gente morena, buena; gente negra, mala”. Este libro hace hincapié en características estructurales como los rasgos demográficos, la ciudadanía y el lenguaje, más que en los aspectos culturales. Esto no quiere decir que la raza no haya importado: la incierta identidad latina a veces ha sido una ventaja para quienes no son de raza negra y otras veces ha sido una desventaja, al no ser “realmente” blancos. Pero mucho más importante para la idea de que los latinos salvaron las ciudades fue que, cuando ellos arribaron, el Estados Unidos urbano necesitaba que lo salvaran. La gente de raza negra había comenzado a migrar a las ciudades décadas atrás, cuando otros grupos también estaban llegando a las urbes, como la gente blanca nacida en zonas rurales o los inmigrantes europeos. Sin embargo, para fines de la década de 1960, mientras millones de blancos estaban dejando las zonas urbanas, la Gran Migración de gente negra estaba por terminar, así que simplemente no había más afroestadounidenses para compensar la falta de población. De hecho, la tendencia al alza fue la migración negra hacia los suburbios y, en su momento, hacia el sur. A partir de 1970, los inmigrantes latinoamericanos eran, por mucho, el grupo más numeroso que llegaba a las ciudades estadounidenses.²⁸

Por último, ésta es una historia transnacional. Considera a Estados Unidos como una nación entre naciones, un país excepcional en algunos aspectos, pero que también debe lidiar con muchos otros países, así como con entidades que trascienden el Estado-nación, como corporaciones, movimientos políticos, grupos religiosos y migrantes. Los Estados-nación y sus fronteras no son reliquias que se están desvaneciendo en una era de globalización acelerada. Por el contrario, temas como la soberanía, la ciudadanía y el resguardo de las fronteras sólo se han intensificado en fechas recientes. También debemos reconocer la creciente interdependencia entre los países en el nuevo milenio, la cual ha limitado el poder de los gobiernos. Estados Unidos ha sido incapaz de controlar la migración y de forzar las políticas públicas de los gobiernos extranjeros y, sobre todo, tampoco ha reconocido con honestidad su profunda dependencia económica de la fuerza laboral de origen extranjero.²⁹

Barrio latino es la historia de cómo más de 25 millones de migrantes e inmigrantes hispanos salvaron vastas áreas de las ciudades estadounidenses, repoblando barrios y revitalizando economías que llevaban décadas en declive. Lo lograron a pesar de que la mayoría tuvo que luchar contra la pobreza, la discriminación, la xenofobia y políticas migratorias contraproducentes. Si no fuera por el influjo de las latinas y los latinos, muchas más ciudades de Estados Unidos habrían sufrido la catastrófica pérdida de población y la decadencia económica que dieron lugar a los edificios abandonados y a los fantasmales centros urbanos que figuran en esas colecciones de “fotografías de ruinas” que vemos en libros como *Lost Detroit* y *American Ruins*. Estos recién llegados no pudieron resolver todos los problemas de esas ciudades, pero sí lograron algo extraordinario por la forma en que usaron su trabajo, su capital y su cultura para crear un nuevo Estados Unidos urbano.³⁰

Cuando se escribe historia a gran escala, se corre el riesgo de borrar a la humanidad y la contingencia de la que ésta se compone. Una historia que involucre a millones de personas puede perder de vista a hombres, mujeres y niños reales, así como sus esperanzas, miedos y planes. Un recuento que abarca más de cincuenta años puede subestimar la importancia de las decisiones cruciales y los puntos de inflexión que abrieron o restringieron posibles futuros. Un proceso que incluya locaciones en muchos pueblos, ciudades, estados y países puede descuidar las particularidades de cada lugar. Y un relato que termine con grandes logros puede dar la impresión de que los éxitos fueron fáciles o inevitables.

Por todo ello, esta historia se enraíza en las experiencias de la gente que transformó de manera drástica sus barrios y sus vidas, quienes compartieron estas vivencias en decenas de entrevistas grabadas durante un lapso de veinte años. Si un viaje de miles de kilómetros comienza con el primer paso, la historia de la migración debe comenzar con los relatos de quienes se desplazan. Gente como José Luis Loera, quien creció en un barrio marginal de la ciudad de México, en uno de los así llamados *barrios perdidos*, “sin electricidad ni agua ni ningún otro servicio, donde uno tiene que pelar para sobrevivir”, y que se marchó a Estados Unidos porque “quería ver si el país de las libertades, como la de expresión y todo lo demás, de verdad existía”. La historia debe continuar con gente que se desplaza entre países, como la familia Ortiz, que cruzó la frontera con rumbo a Texas: “aquí estábamos, como todo migrante, conscientes de lo peligroso del viaje, pero siempre con la esperanza y el sueño de ver cómo sería vivir al otro lado”. Y todo esto debe reflejar aprensión e incer-

tidumbre, como las de Rosina Magaña, de cinco años, quien en su primer día en Chicago quedó impresionada por el aspecto de su nuevo barrio y por los colores de las hojas en otoño, pero que también sentía ansiedad por este cambio: “Estaba un poco asustada porque, bueno, era un mundo nuevo para mí.”³¹